

I. LA NUEVA JERUSALÉN

EL EUROPEO QUE visita Rusia con los valores de la herencia del humanismo europeo, se verá observado como un reaccionario amargado y dogmático lleno de fórmulas pedantes que no buscan la «verdad objetiva», sino la destrucción inmediata del Estado Ruso. En compensación recibirá —a menos que ya albergue prejuicios de odio o de entusiasmo— un arrebatador estímulo para su racionalismo y la confirmación de que el horizonte de su mundo se ha extendido, de pronto, más allá de todas sus expectativas. Descubrirá, quizá contra su voluntad, un predominio de lo que siempre se ha llamado oscurantismo y tiranía, y que superará sin duda las mejores conquistas sociales. Sin embargo, estará obligado a admitir que un estímulo intelectual de esa fuerza ha de contener, por obligación, la semilla de algo

bueno. La cuestión se centra en cómo explicar esta contradicción.

Este ensayo no interesará para nada a los que esperen encontrar información objetiva y científica sobre Rusia; es decir, una mera observación de fenómenos como haría un naturalista en una charca. Los bolcheviques son hombres, no animales. Los he conocido como hombre y no como un zoólogo social. Y ya que pronuncian cada palabra en defensa de un dogma, entonces déjenme exponer el mío. Esto es una cuestión personal, una movilización de mis sentimientos en defensa de la tradición europea; un intento de establecer una verdad más científica que la que alcanzan a establecer los datos de un naturalista. Quise contemplar Rusia no como un reaccionario o un entusiasta en su relación ética con el presente, sino en su relación cultural con el futuro. Las fuerzas desencadenadas son más antiguas que la Revolución, y la sobrevivirán. Son inherentes al país y a sus gentes, aunque hasta ahora han sido cubiertas en parte por un barniz de tinte occidental. De aquí procede el choque entre su aparición y la curiosidad universal por conocer su lugar futuro en la Historia.

No puedo dejar de enfatizar que las opiniones aquí vertidas fueron voluntarias, pero que no adoptaron su forma final hasta que no regresé a Inglaterra y me concentré en examinar todas las pruebas que había recogido. Durante una gran parte de mi estancia en Rusia gocé de la hospitalidad del embajador británico en Rusia, *sir* Esmond Ovey, y de *lady* Ovey. Pasé mucho tiempo con otros miembros de la embajada, y es in-

cuestionable que hablé también con otros residentes ingleses en Moscú. Por su amabilidad y su interés para facilitar mis viajes e investigaciones, no puedo más que darles las gracias. Aunque debo afirmar también y con toda rotundidad que soy responsable de todo lo que escribo; que mis interpretaciones sobre los hechos derivan de mis observaciones. Esta interpretación se mantuvo tan indefinida hasta el final de mi viaje a Rusia, que si alguien me hubiera preguntado por el color del barco cuando el barco zarpó de Odessa, no hubiese podido contestarle. De hecho me lo preguntaron tanto en Constantinopla como en Londres. No tenía respuesta, y en consecuencia me consideraron un necio.

Presumir de la infalibilidad de mi exposición es la seguridad que exhiben los ignorantes. Si presumo de tener buen ojo y suficiente experiencia en viajes por otros países como para haber sido capaz de apreciar y valorar el arte ruso, es sólo porque reconozco mi desventaja para dibujar su panorama actual. Mis conocimientos sobre los adelantos técnicos, laboratorios o experimentos sociales aislados son tan escasos como negativos; y son estos aspectos de la política bolchevique los que suscitan más entusiasmo entre los visitantes extranjeros. En poco más de seis semanas debe uno ceñirse a un plan. Decidí evitar, por tanto, cualquier tipo de reflejo condicionado, los camiones Ford y las clínicas abortivas. No se necesitan conocimientos de ingeniería para sentir el romanticismo de la «construcción» en Dnieperstroy —como la sentí antes en Sukkur— ni la exquisitez de un alumno de Astor para

pagar a crédito a alguna Deméter hiperbórea por los gorros forrados de piel. Si en algún momento resuena una nota de rencor, habrá de achacarse a la inmemorial burocracia rusa, que decidió tratarme —en vez de a sí misma—, como un personaje indeseable. Todo esto se debió a mi irresponsabilidad por visitar Rusia ni con un fin determinado ni como un turista más. Casi todos los turistas compran su viaje de antemano, y están obligados a cumplir un itinerario. Esto no quiere decir, como podría inferirse, que las autoridades muestran a los visitantes tan solo lo que ellas quieren. Por el contrario, la libertad de movimientos, —salvo en las repúblicas turcomanas, que están reservadas para millonarios americanos— es mayor que antes de la Revolución. La ventaja de los viajes colectivos es que son bastante más baratos. Los viajeros son convenientemente «conducidos» y se muestra nada más que el escaparate del régimen. Pero como esto me parecía, incluso de antemano, de escaso interés y vulgar, adopté mis propias decisiones, y aprovecho ahora la oportunidad para mostrar mi agradecimiento a los que me ayudaron a conseguirlo. Viajar de esta manera fue más difícil, pero más entretenido. Si el eco de las risas que provocan mis viajes llegaran a los oídos de mis amigos rusos, podrían ignorarlo o quizá perdonar tal irreverencia. La frivolidad es la música que siempre acompaña a los malditos europeos detrás de sus falsos dioses, esos mismos que de hecho —y todo hecho es marxista— no existen. La ortodoxia marxista, como la ortodoxia cristiana, solo puede dar las gracias por no ser como las otras y dejar que se cuezan en su



1. *Fábricas en Moscú*

propia desilusión. La duda es algo ajeno para ellos, y la susceptibilidad ante las opiniones de los extranjeros equivale a la duda.

En los momentos álgidos de un viaje se alcanza un delicado equilibrio entre belleza y asombro. La primera pertenece a los sentidos; la segunda, a la mente. La rareza de esta coincidencia marca el valor de esos momentos. Experimenté uno a los tres años, cuando me aventuré en la playa de Anglesey y encontré una flor de belladama púrpura; o cuando erguido desde el Jelep, contemplé las cumbres del Tíbet; y por última vez mientras caminaba por la orilla de río Moscova en el atardecer de mi segundo día en Rusia. La Capital Roja en invierno es un lugar silencioso. Como negros espíritus sobre la blanca y silenciosa nieve, los moscovitas caminan con la cabeza embutida en un buen gorro de piel de cordero, cuero o terciopelo, y con una gran bufanda para resguardarse del frío que barre el río desde el levante. Caminan con rapidez, con las cabezas gachas, sin importarles tropezar con los demás, o conmigo, como si fuesen seres insensibilizados tras una década de vida masificada. Más lejos, en la esquina del puente, se pueden ver varios trineos de alquiler, cuyos propietarios, últimos reductos del capitalismo, se arrebujan en sus portentosos abrigos azules. Otros trineos más robustos transportan cargas de heno y cajas. Derrapan cuando se aproximan para subir el puente, porque los caballos resbalan al pisotear la nieve.

Esto, al fin, era la Rusia Roja —la horda anterior de seres embutidos en pieles de cibelina se supone que son los bolcheviques—, el centro de todas las miradas



2. *Las murallas del Kremlin de Moscú*

en un mundo agitado. Sin embargo, era más que Rusia, era la capital del sindicalismo, el pulso de la dictadura del proletariado, la residencia del materialismo dialéctico. Miré al otro lado del río. Ante mí se mostraba el más íntimo de los santuarios: el Kremlin.

Una curiosa ironía ha unido al credo del utilitarismo con este edificio como símbolo de su máximo poder. Mientras el hombre colectivo se sienta dentro, los muros lo ignoran y las torres se burlan con toda su fuerza. Lo conocía por fotografías fantásticas, pero la realidad supera la ficción: dos kilómetros y medio de murallas edificadas con ladrillos rosáceos y desgastadas por el tiempo, que se elevan desde el río en forma de triángulo. Estas elegantes murallas, que en algunos sitios alcanzan una altura de doce metros, terminan en una cremallera de almenas de piedra blanca a la manera veneciana. Su impalpable color y textura pueden sugerir más la protección de un fabuloso jardín que las experiencias de un asalto medieval. De los suaves escarpes se elevan diecinueve torres, arbitrariamente situadas, que exhiben tal acumulación de improbabilidades arquitectónicas que es como si los brobdingnagianos¹ le construyeran en un santiamén a Gulliver un castillo con las piezas de un ajedrez. Al contemplar el panorama hacia el oeste, siete de estas increíbles estructuras puntuaban una línea de ochocientos metros, algo inclinada desde la base del muro. En los dos extremos aparecían otras dos torres más altas, de forma cilíndrica, que terminaban en una balconada

1 Los brobdingnagianos eran los gigantes de *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift. (*N. del T.*)

con matacanes rematados por un cono octogonal y un penacho de bronce que miraba al cielo. Estas cinco torres cuadradas cubiertas de tejas verde oscuro estaban rotas en el centro por un muro de ladrillo del mismo rosa, pero diferente en altura y anchura. Estas cinco torres, aún variando en tamaño, reflejan la influencia tártara. Aquí el historiador puede distinguir una fusión chino-bizantina realizada por la influencia de arquitectos italianos. No obstante, mi atención estaba en otra parte. Dentro de las murallas se elevaba una colina cubierta con un paño de nieve en la que los potentados de aquel tiempo desvanecido, el Zar y Dios, construyeron sus palacios. Al oeste, los dos palacios, uno ruso-veneciano, del siglo XIX, de color crema en contraste con el presagio de la nieve que caería del cielo; y el pequeño palacio italiano del siglo XV, cuya fachada de piedra gris de aires rurales albergó los apartamentos de los primeros Zares. Luego estaban las catedrales: la Anunciación, con sus nueve cúpulas bulbosas; la de la Dormición, donde se coronaban los zares, con sus cinco cúpulas en forma de casco; y la del Arcángel San Miguel, cuyo bulbo central se eleva por encima de los otros cuatro que lo rodean. Diecinueve cúpulas en total, todas rematadas con una cruz, la mayoría doradas. Y, luego, la más alta de todas, la cúpula de la torre de Iván el Grande, colosal en su soledad, la cumbre de esta fantasía digna de césares y papas. Primero bajé la mirada hacia el río; luego la subí hacia el cielo; miré a derecha e izquierda: horizontal y verticalmente. Torres y cúpulas, espirales, conos, bulbos, almenas, la vista no daba abasto entre

tanta riqueza. Es como si la creación de Dante hubiera llegado al cielo ruso.

Después, mientras caía la tarde y los copos de nieve eran inminentes, comencé a caminar a la orilla del río y el escenario volvió, de pronto, a la vida. Cuando llegaba al puente, una columna de soldados lo hacía en dirección opuesta. ¡El Ejército Rojo! Agente visible del poder del proletariado y poco menos fantástico a mis ojos que la fortaleza sobre el río. Con sus uniformes grises ondeando y sus cascos con gorras tártaras del mismo color, asemejaban una multitud de duendes en una ceremonia infernal. ¡Marchar, marchar! Las faldas de sarga gris bailaban, pero las pisadas no se oían. En los hombros de cada duende se apoyaban un par de esquíes más grandes que ellos, listos para deslizarlos hacia algún cementerio en el que azuzar a la muerte. Mientras giraban para cruzar el puente, arrancaron una de aquellas serias y melancólicas melodías que asociamos a las canciones rusas. La letra de la canción era sin duda revolucionaria. Ya había oscurecido por completo; la nieve caía con más fuerza. Más allá de las canciones y de los duendes, el Kremlin brillaba con sus luces eléctricas como un fondo fantasmal, torre sobre torre, cúpula sobre cúpula, elevándose sobre los rampantes tonos rojizos y la nieve que iba cayendo, hasta la gigantesca cebolla de Iván el Grande, ciento treinta y siete metros por encima del río negro.

Seguí a los soldados, y subiendo por una cuesta paralela a la muralla este del Kremlin llegué a la plaza Roja. A lo lejos, en la mitad de la plaza cubierta



3. *La catedral de la Dormición, en el Kremlin de Moscú*

por la nieve, encontré una cola como una fila de hormigas para ver a Lenin. El mausoleo estaba abierto.

Me puse a esperar junto a un joven turcomano. Tenía un rostro aquilino, proporcionalmente modelado con una fuerte estructura ósea, de apariencia amistosa a pesar del exuberante montón de pelo que coronaba su cabeza, común entre estos criados eventuales de los eslavos. Pero un grupo de campesinos con sus chaquetas de cuero y sus bastones de abedul representaban las típicas características de las nuevas poblaciones urbanas: el hombre masa que se acerca a rendir su homenaje a su nuevo Cristo ruso.

Antes de entrar debíamos esperar a que limpiaran la nieve del interior que dejaban los peregrinos anteriores. Después, de dos en dos, el turcomano y yo entramos en una sala rodeada por una balaustrada de bronce. Dos centinelas, con la bayoneta calada y bufandas de piel de oveja, permanecían junto a la puerta. El vestíbulo estaba vacío, salvo el emblema comunista —una hoz y un martillo sobre un globo sostenido por espigas de trigo—, en relieve plateado sobre la piedra gris. A la izquierda, una escalera y un pasillo que descendían a la cámara.

En la parte central y en lo alto de un oscuro interior recubierto de piedra sombría y compacta, reposaba la momia en una urna de cristal iluminada sobre un pedestal. En parejas, a cada lado del cuerpo, cuatro centinelas hacían guardia. Nos colocamos en fila de a uno. Subiendo unos escalones pude contemplarlo y, de acuerdo con las circunstancias, rendir mi homenaje. Alrededor de los muros percibí un friso de luz vítrea y escarlata.



4. *La Plaza Roja*



5. *La tumba de Lenin*

Lenin debió de ser un hombre muy pequeño. Descansaba sobre un lecho con colgaduras de color pardo que cubren sus piernas; en la parte superior llevaba una chaqueta caqui abotonada hasta el cuello. Sus finas manos, como si fueran de cera, tenían el color de los pétalos de una magnolia. Su barba y su bigote adquieren una tonalidad de paja virando a marrón, un hecho que causó sorpresa a George Bernard Shaw (según me contó), en el santuario calificado por él como el Elíseo ruso. Se podría afirmar: he aquí a un agradable hombrecillo, rodeado de sus nietos y aficionado a podar árboles. Me pregunté si una figura tan contenida y apacible no sería de cera. Hay rumores que afirman que hace poco las alcantarillas del Kremlin se desbordaron, dañando los restos. Pero al salir, no había andado unos metros cuando me encontré a un hombre con los rasgos, barba y expresión exactamente iguales a los que acababa de ver. Así que en apariencia la momia era verdadera.

La plaza Roja recibía ya ese nombre desde mucho antes de la Revolución, puesto que en ruso «roja» y «bella» son la misma palabra. Aún seguía nevando y cada copo se descomponía con la luz y lanzaba sutiles destellos. Al norte del gran óvalo blanco se levanta el edificio color sangre del Museo de Historia, una construcción al estilo historicista ruso, ahora transformado en una especie de castillo de princesas por las filigranas de nieve, con sus dos campanarios y sus tejados sinuosos. A lo largo del lateral del Kremlin la muralla continúa con su color rosa e interrumpida por tres torres. Una de las torres, la

más cercana al Museo, rematada con una esbelta te-
chumbre color verde, se voló por orden de Napoléon y luego la reconstruyeron con toda fidelidad. Al otro lado de la plaza, hacia el sur, aparece la famosa torre Spassky, un castillo de ladrillo coronado por pináculos góticos y remates de piedra blanca, que recuerda a la Tom Tower de Wren, y que construyó un inglés, Christopher Holloway, en 1625. Contiene un rico campanario octogonal decorado con filigranas doradas. Desde lo más alto brilla el emblema de los zares: un águila dorada con dos cabezas que sirve de guía al extranjero perdido en la «China Town» del lado opuesto.

Estas dos torres, junto a otra situada en el lado oeste, son las entradas principales al Kremlin. La muralla se rompe entre ambas para albergar otra torre rectangular con doble cono y sobre la que aparece una cúpula rebajada de cobre verde, en el austero estilo griego del último período de Catalina. De la cúpula ondea una bandera roja, emblema no ya de la ruidosa farsa del primero de Mayo de otras capitales, sino investida con la dignidad de su entorno arquitectónico. Debajo del muro se despliegan una serie de tribunas bajas en granito gris-blanco. Estas se ven interrumpidas, de pronto, justo debajo de la torre por la Tumba de Lenin, que está rodeada por una fila de pequeños abetos.

La Tumba aparece poderosa y elevada, escalonada como un templo zigurat, y pulida como un bar. Está construida con granito rojo ucraniano y labrador negro y gris también ucraniano, que contiene reflejos de un azul iridiscente como las alas de una mariposa. La

linterna está coronada por un monolito de porfirio rojo de Karelia, de ocho metros de anchura y con un peso de cincuenta y nueve toneladas. El color del granito no es como nuestro anémico rosa, sino un profundo rojo ruibarbo, ligeramente teñido de ocre. Este color refulge entre el rosa de las murallas y el escarlata de la bandera, y encaja al monumento con armonía en su escenario histórico.

El arquitecto que construyó el mausoleo es Stchou-sev. Su proyecto original de madera estuvo en pie cinco años. El actual, aunque del mismo carácter, es más fuerte y despiadado. Está construido —o da esa impresión—, de soberbios bloques de piedra cuyo gigantesco tamaño recuerda a los templos incas. La forma que se consigue es, en parte, empleando tres colores: negro, gris y rojo, como un medio de conseguir proporción; y en parte por la irregular sucesión de planos en los que estos colores se disponen. No obstante, estos planos, aunque irregulares, no están trazados al azar. Sus ratios, en anchura y altura, están calculados con toda precisión para aumentar el efecto de poder y fuerza. La base del monumento está algo elevada sobre el nivel de la plaza y encerrada por un parapeto bajo, cuyos ángulos exteriores están redondeados y los posteriores contienen dos pequeños pabellones. Este parapeto, los pabellones, así como las filas de las tribunas, están contruidos de granito blanco gris que corre paralelo a la muralla del Kremlin, y es de una textura poco pulida y rugosa. Dentro del parapeto, a cada lado de la entrada, han plantado abetos que esperamos que no crezcan muy altos.

Al final de todo, donde el terreno se va inclinando hacia el río, se levanta la famosa iglesia de Basil Blajenny, San Basilio. Aunque situada un poco por debajo del nivel de la plaza, al no tener ningún edificio detrás, cierra el panorama como un buque fantasma encallado en el cielo. Con formas frívolas, uno podría compararlo a una gigantesca caseta de tiro al blanco. Las típicas latas son sustituidas por erizos de mar, puerros, piñas y granadas en las distintas alturas; frutas multicolores, espirales, picos y acanaladuras, que tientan al fantasma de Lenin a calentarse durante las noches frías lanzándoles bolas de nieve. Siempre hay algunos borrachos nocturnos en la plaza Roja. Quizás algún místico en trance, o un cochero helado, o un pelotón de jinetes de la GPU —la policía política soviética— pasando de madrugada ya habrán visto a la figura fantasmal de Lenin trepando por su mausoleo para tirarle una bola más al pasado. Incluso yo comienzo a dudar. Después de una fiesta en el Metropole, creo haber visto uno o dos misiles surcando el aire hacia esa piña verde con una balanza roja... Pero cuánto menos de todo esto mejor. Cuando emergí de ver los restos de Lenin en aquella tarde especial, era ya la hora del té. De repente, el reloj de la Spassky comenzó a sonar dando la hora con las últimas campanas de Moscú, que siempre repicaron su profunda melodía, al menos mientras duró mi estancia en la ciudad, y me provocaban una extraña mezcla entre nostalgia y placer. Cuando el primer golpe resonaba entre la nieve y a lo largo de las murallas rojas, un aleteo de cuervos negros se elevaba

en el cielo, graznando su desprecio ante ese anacronismo inmóvil, el águila del Zar.

La visión terminó. La experiencia de ese momento se transformó en un recuerdo que me acompañará hasta que muera. Nunca volveré a ver Moscú como aquella tarde.

Pero al lado del Moscú de los sueños estaba otro Moscú, no menos único, el de los hombres. Dejé la plaza por el lado izquierdo, el del Museo de Historia, en donde solía estar la Puerta Ibérica, y cruzando la plaza de la Ópera, llegué al hotel Metropole. Aquí le di tres preciosos limones a Albert Coates,² que sufría de carbunco, y también iba a encontrarme con un joven comunista inglés llamado Morgan.

Esperaba encontrarme con un tipo consumido bajo su sombrero y me encontré con un gigante nórdico. Morgan había sido chófer, pero después de ver una película rusa vio la luz y emprendió su camino a la tierra prometida. Y esa tierra, vista desde lejos, le había parecido la misma que la que vio de cerca, a pesar de las carencias, las dificultades del lenguaje, el aislamiento y la falta de alimento durante los primeros meses. Admiro su coraje por haber superado tantas adversidades. Ahora trabajaba con un grupo de estudiantes de treinta y siete nacionalidades, dividiendo su tiempo entre el estudio del materialismo histórico y de la técnica cinematográfica en los estudios de cine de Moscú, y recibiendo un modesto salario con el que se mantenía.

2 Albert Coates fue un director de música clásica de origen ruso. (*N. del T.*)

Le había traído algunos paquetes de los que, sin conocer su contenido, tuve que convencer a los oficiales de aduanas de Negoreloje para que no los abrieran. Él supuso que yo también había visto la luz. Nuestra conversación fue, por ello, un cruce de despropósitos. Comencé pidiendo al camarero un vodka.

M.: No queremos tener aquí ningún tipo de droga.

R.B.: Lo siento, pero no puedo vivir sin alcohol.

M.: Oh, vale, supongo que alguna vez madurarás.

R.B.: Yo también lo supongo. Pero estoy empezando a dudar si maduraré como comunista. (Morgan me miró sorprendido) De cualquier modo, no estoy interesado en la política. Lo que quiero conocer no es si el Plan Quinquenal va o no va a ser un éxito, o cuántos millones de campesinos van a aprender a leer en los próximos diez años, sino si se puede conseguir algo *realmente* importante, algún avance del pensamiento o de felicidad, entre tanta miseria como han tenido siempre los rusos. Presiento que llegará, pero no sé cómo, cuando cambies una ideología banal por el libre ejercicio de la mente. La cultura soviética, por ejemplo, ¿qué es y dónde está?

M.: Estás lleno de viejas ideas y no comprendes nada. Nuestro arte debe ser un arte colectivo, y producirémos una *intelligentsia* que pensará y creará de manera colectiva. Era diferente durante el período revolucionario, cuando todo el mundo estaba *inspirado*. El período constructivo, en el que ahora estamos, es más difícil de expresar artísticamente.

R.B.: ¿Quieres decir que no existe ya el mismo sentimiento épico de exaltación?

M.: Exacto. Pero la lucha continua igual.

R.B.: (Petulante) Me gustaría saber de qué lucha estas hablando, ¿Lucha contra qué? No puedo creer que haya ahora en Rusia alguien contra quien luchar.

M.: No comprendes que *todo* es lucha. Si pongo este vaso de agua sobre la mesa, el vaso y la mesa están en guerra. Su mismo contacto es lucha. Es lo mismo en la evolución social. Los trabajadores solo pueden construir el socialismo por medio de la lucha de clases.

R.B.: Así que cuando hayan hecho desaparecer las clases sociales, habrán construido otra clase de trabajadores ejemplares, una aristocracia de unos pocos millones de obreros que someterán al país contra la inmensa mayoría. ¿Cómo puede nacer algo creativo, ni aún interesante, de esta obsesión con las clases? No puedo verlo. Es peor que en Inglaterra.

M.: Te falta mucho por ver. Mira Beethoven. Por supuesto que lo consideramos un genio, pero puedes comprobar cómo surge la lucha de clases de su época en sus sinfonías. O Wagner. Cuando acabó en el exilio por sus opiniones revolucionarias escribe *El anillo del nibelungo*. Cuando luego se convierte en un burgués otra vez, nace *Parsifal*.

R.B.: *Parsifal* es horrible, lo admito. Supongo que si traduzco al lenguaje corriente lo que dices, te refieres a que el genio es producto de su entorno. No hay nada nuevo en eso. Y te preguntaría si crees que Newton hubiera teorizado la ley de la gravedad en el contexto de la Rusia actual.

M.: Por supuesto que lo haría. Nuestros laboratorios están mejor equipados que cualquier otro de Europa.

R.B.: Estoy hablando de pensamiento, no de equipamientos ni de experimentos, algo que lleva dentro una persona en un momento dado. Si me hablas de los grandes avances de la Humanidad, de inventos científicos o de cualquier otra clase, verás que se han producido en épocas en que el ser humano era libre de pensar lo que quisiera. Había un clima de curiosidad desinteresada. En el siglo XIX en Inglaterra, por ejemplo, Karl Marx escribió *El Capital*, entre otras cosas, y dice mucho en el prefacio. O en el Renacimiento

M.: (Incrédulamente) ¡El Renacimiento! ¡Puf! El Renacimiento era simplemente una fase de la lucha de clases, el comienzo de la era del capitalismo, cuando los comerciantes y los burgueses comenzaron a adquirir el poder.

R.B.: (Firmemente) Mi querido Morgan, me recuerdas a un predicador de esos que dicen que están junto a Dios cuando todos los demás están equivocados. Pero no he venido a Rusia a discutir con San Atanasio. Eso me aburre. Admiro tu entusiasmo y me gustaría comprender qué es lo que lo produce. No me ayuda la afirmación de que todo lo que ocurre es poco más que una manifestación de la lucha de clases ¿También han estallado revoluciones entre los peces? Yo creo que la Revolución fue un hecho excelente para Rusia, pero lo que quisiera saber es si es una esperanza para los demás pueblos más allá de la disecada cáscara de la ideología de clases.

M.: Nosotros somos totalmente diferentes. No puedes esperar poseer la verdad. Tú eres...

R.B.: Soy de una clase diferente, ¿es lo que quieres decir?

M.: Eso es. Tu voz me suena afectada.

R.B.: Quizás sea así. Pero no veo por qué tendríamos que iniciar una guerra de clases en esta mesa ni por qué la GPU debería enviar a viejos profesores a los Urales para que escriban sobre los iconos bizantinos.

M.: Pertenecen a la clase equivocada. Son nuestros enemigos. Los intelectuales no nos dejan muchas opciones. No podemos asumir riesgos cuando la guerra puede comenzar en cualquier momento.

R.B.: Otra vez igual, ¿qué guerra?

M.: Ocurrió una vez. ¿Qué pasó con la Intervención?³

R.B.: ¿Piensas que toda Inglaterra está habitada por Churchills?

M.: No lo sé, pero la guerra se aproxima. Ya ha comenzado en Manchuria.⁴ Pero hay más, te diré que en dos o tres años espero invitar a mis camaradas rusos a que se queden conmigo en el Palacio de Buckingham.

R.B.: Esa es una ambición muy burguesa. (Inconscientemente) ¿Te relacionas con judíos?

M.: Estoy muy acostumbrado a relacionarme con ellos después de vivir en East End. Me gustan, aun-

3 La Intervención hace referencia a la participación de varios países: Japón, EEUU, Gran Bretaña, etc. en la guerra civil rusa que enfrentó a los bolcheviques con sus enemigos internos entre 1918 y 1923. (*N. del T.*)

4 Manchuria, una región china al noreste del país, había sido anexionada por Japón en septiembre de 1931. (*N. del T.*)

que no son iguales que tú. Vamos a visitar a Sylvia Chen.⁵

R.B.: ¿Por qué, es judía?

M.: No, es la hija de Eugene Chen y de una francesa negra. Su hermano es comandante del Ejército Rojo, y es bailarina.

Subimos al apartamento de la señorita Chen. Aunque sus pensamientos estaban enraizados con los de los primeros padres del materialismo, ahora se esforzaba por conseguir nuevos discos de baile, desde que el jazz está considerado por las costumbres rusas como «ideológicamente incorrecto». Incluso Morgan, desprovisto de argumentos, admitía la dureza de esta limitación. Pusieron un viejo disco y la señorita Chen empezó a bailar, una deliciosa criatura en contraste con el anticuado lujo que la rodeaba.

«¿Qué vas a hacer ahora en Rusia?, me preguntó.

Le dije que por supuesto esperaba ir a Leningrado, y también a Nóvgorod a ver las viejas iglesias.

«¿Iglesias?», contestó, «¿qué interés puede despertar ese tipo de cadáver?»

Sentí que sería muy difícil explicárselo.

5 Sylvia Chen fue una bailarina china que triunfó internacionalmente. Era hija de Eugene Chen, que fue ministro de asuntos exteriores con SunYat Sen y posteriormente se exilió a la URSS. (N.del T.)